

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE MADRID

La moderna grosería

Como sabrán los lectores más memoriosos, hacía años que venía esperando la liberalización del teléfono para que pudiéramos zafarnos todos de los abusos y desplantes de la incomparable Telefónica (lo era sobre todo porque no había con qué compararla). El momento ha llegado, aunque falsamente, porque la Incomparable sigue manejando *todos* los hilos y de *todas* las llamadas seguirá sacando tajada, en mayor o menor medida. En todo caso se me está atragantando el ansiado momento como no había imaginado, porque ha desatado las mil campañas odiosas de las diferentes y emparentadas compañías, cuyo mensaje viene así a resumirse: “Hable, hable, hable, hable”.

La publicidad más repulsiva es por supuesto la de la Incomparable, atacante hasta en sus anuncios. Pero todas

coinciden en instar e invitar a los ciudadanos a que rajen, larguen, chismoreen, cotilleen, difamen, calumnien, maldigan, feliciten, avisen, retransmitan, juren, perjuren, platiquen y den el variado coñazo a sus semejantes. Lo que sea y como sea, con tal de que descuelguen, marquen, hablen; descuelguen, marquen, hablen; descuelguen, marquen, hablen, ar. La idea no puede ser ya “Qué bueno y útil es el teléfono”, descubrirían el Mediterráneo. Así que las compañías ofrecen o sin más imponen servicios a menudo superfluos mediante los que se consigue un buen número de chorradas, como hablar con las manos vacías u ocupadas o doce personas al mismo tiempo (se siente uno como en la radio o la tele) o con la boca abierta o cerrada, o con habano entre los labios (y entiéndase como se quiera); o nos cuelan pantallitas que nos harán saber quién nos llama tres segundos antes de que nos lo diga; *ménages à trois* o *à quatre* voces, no todas gratas; servicio de recogemensajes y

quizá de recogepelotas; partidas de naípe auditivo; y desde luego sexo virtual y fónico, que no vaginal ni fálico. Más que promiscuo es todo confuso y tirando a sucio.

Como la publicidad existe desde hace lo bastante para creer que no surte efecto (no siempre el deseado, por suerte), compruebo con alarma cómo los españoles son hoy individuos a un auricular pegados. Hay que usar el teléfono, pero no por necesidad ni por placer siquiera, sino para usarlo tan sólo y así pagar más a la Telefónica y a sus sucursales independientes (sé lo que he dicho). Lo que comentamos hace ya tiempo Pérez-Reverte y yo respecto a los móviles era una queja injusta, contra un remanso de silencio comparado con lo de ahora. Y cuanto más se usa el teléfono, más lo detesto. Lo descuelgo o desconecto cada día durante más horas y si no sale siempre un contestador disuasorio; procuro no responder a los recados que se me dejan, y en ese sentido cada vez menos me importa resultar “grosero”. Pues tengo para mí que quien resulta hoy grosero no es quien calla, sino el que llama por cualquier motivo o sin ninguno: a hacer una pregunta innecesaria, o sólo “para charlar”; el que pide el teléfono de un tercero sin pensar nunca en mirar la guía o preguntar a Información; el que insiste si no ha obtenido una respuesta (sin ocurrírsele que el llamado esté ausente o carezca o no quiera dar tal respuesta); el propagandista que avisa que uno ha ganado un reloj, o una cubertería, o a su señora, que probablemente no desea uno ganar en modo alguno; el que pretende que pierda uno su tiempo para sacarse él una encuesta; quien te pregunta (hablo ahora de casos frecuentes en mi gremio) datos que figuran en cualquier solapa de tus libros, el periodista pelmazo que quiere a toda costa tu opinión sobre asuntos idiotas o jamás pensados ni conocidos por uno, el lector que hace reproches o señala inexistentes “errores”... Todo eso es la verdadera, actual grosería.

El teléfono lleva su entera vida aprovechándose de su excepcionalidad

inicial. Cuando había pocas llamadas, el timbre lo interrumpía todo, todo lo relegaba. Lo asombroso es que así ha seguido siendo siempre: si ustedes están en la cola del banco —en persona— y se llama al cajero, éste dará prioridad a la llamada, aunque sea de otro cliente; si en una tienda, el dependiente los dejará con la palabra en la boca para descolgar, no digamos si es una motorola idolatrada. Y así hasta el infinito. Lo que no tiene ya sentido es esa continua imposición del teléfono sobre lo demás; sobre las conversaciones, los almuerzos, las consultas, las conferencias, los conciertos, las confidencias, la vida, el silencio. Para vivir hay que tener silencio, alguna vez, a veces. La mayor vulgaridad es una llamada, nada hay ya en ella de excepcional. A ver si logramos ponerlas, al menos, las últimas de la fila. —

— JAVIER MARÍAS

LITERATURA

La ley de Heisenberg

Podría escribirse un libro de dimensiones regulares con las cosas que se han ido evaporando de nuestras vidas en el siglo que acaba de pasar. La tendencia en algunas zonas de Latinoamérica al crecimiento empobrecido se acompaña con una visible reducción cultural. La conciencia de la lengua, el nivel educativo que se traduce en el escrutinio de lo que enriquece o deteriora al habla de un grupo humano, se limita así a sectores mínimos. Lo contrario aparece como el estigma inevitable que marca a opacos sectores crecientes. ¿Quién no recuerda al Mr. Higgins del *Pygmalion* de Shaw que aplicaba pautas de pronunciación para identificar a una florista de pueblo entre damas de clase alta?

No me gusta, pero cabe reflexionar sobre el estado fecal en el que se sumergen ciertas palabras, ciertos semantemas arrasados por la prisa que no piensa. La globalización (que para empezar macera o glosa tantas incompatibilidades: *globo-loba-baliza-bala-liza* según el estilo de Michel Leiris en *Glossaire* j' y

serre mes glosses) me lleva a pensar que lo que diagnóstico como pueblerino en un lado, se practica también en otro, lugar de los advenimientos, por obra de la traída y dejada amistad de los pueblos. Pero hablo de lo que registro por mí misma: cuando regreso a Montehabano, fuera de comprobar que sigue mereciendo ese poco inventivo morfema, soporto el verbo *impactar* aplicado en todos los campos. Los recolectores de catástrofes o sea los periodistas de los informativos, que engordan o encarnan con la crónica roja, no dejan de señalar el “impacto” que tal o cual barbaridad había tenido en un barrio o en cualquier ámbito. Las cronistas de modas o los comentaristas políticos se arrebatan la palabreja con frecuencia repulsiva y una intemperante reverberación de los mil demonios. El relator de un partido de fútbol anuncia con exaltada neutralidad que x “¡impactó la pelota y... goool!” Un texto poético en encomio de un pintor puede reiterar unas ocho veces (como estribillo) “la pintura de Fulano me impacta” o algo así. ¿Quién vela sobre el tirano mientras duerme? Ay, la estupidez tirana no duerme nunca y cuando se ejercita en cosas nimias —más nimias que unas y menos nimias que otras— a algunos debe parecerles exageración e inutilidad plantarles cara. Un formidable escritor, el ya muerto Giorgio Manganelli, dijo: “El momento de la pérdida de la cultura es profundamente traumático, un poco como la muerte ritual del padre, pero como todas las muertes rituales, sobre todo si se ejecutan en un marco doméstico, no carece de una especie de fuerza cómica e histórica”. Habrá que verle el lado cómico.

*

Absurdo como una cruz pintada de rojo (pero la tengo vista en una foto de Wim Wenders, tomada en un cementerio de El Paso).

Inseguro como el lema del escudo de los Gonzaga: *Forse che si; forse che no*. El primero había luchado contra los turcos derrotándolos, pero al parecer no quedó muy convencido. D’Annunzio eligió ese lema como título de una de sus novelas.

Inocente como Corot celebrando en una carta un cuadrito suyo que ha vuelto a ver: “No había nada en él, pero era encantador y como pintado por un pájaro”. Entiendo de golpe la fascinación de Morandi por Corot, curiosamente uno de sus pintores favoritos, que se transparenta cuando, con no menor inocencia, se escandalizaba del precio alcanzado por algún cuadro suyo, ya fuera de sus manos, y se preguntaba en cuánto, *entonces*, iban a vender un Corot.

Prodigioso como la sencillez y eficacia del tema con el que el ángel, en la *Weib-nachthistorie* de Schütz, insta por dos veces a José: primero para que se despabile y huya con Jesús niño a Egipto, de modo de salvarlo de la persecución de Herodes y, por segunda vez, para que, ya pasado el peligro, regrese a Judea. Las mismas palabras, la misma urgencia en la misma frase musical. Pero primero logra traducir angustia. Después la alegría casi pícara que significa: ¡Lo hemos burlado!

Sagaz como Quevedo en esta cuarteta:

Cocodrilos descubiertos
son poetas vengativos;
que a los que se comen vivos
los lloran después de muertos. —

— IDA VITALE

CARTA DE BARCELONA

La agenda de la mujer doble

Como es bien sabido, la realidad imita a la literatura. Este pasado mes de agosto pude comprobarlo con toda claridad cuando recibí la visita de mi amiga Annie Fourier, que me involucró en una historia que parecía salida de una de las novelas de pared de Sophie Calle y, por tanto, parecía emparentada con el mundo de Paul Auster.

Todo empezó cuando escribí, cumpliendo con una vieja costumbre mía, un artículo contra el mes de agosto. En ese artículo se me fue la mano, en años anteriores había sido yo más prudente. Esta vez arremetí con una dureza absoluta contra el campo y contra la playa.

Escribí, por ejemplo: “¿Qué es la playa? La playa es estar quieto al sol cuando el sol aprieta y la arena está ardiendo y exponerse al maravilloso peligro de explotar como una bomba”. Tras decir cosas de este estilo acababa explicando que estaba pasando agosto encerrado en total soledad en mi casa, sin comer apenas, sin leer, casi sin moverme, riendo cada quince minutos de todos aquellos que se estaban quemando los pies en la playa o se estaban sentando en un paisaje bucólico sobre una gran cagada de vaca.

Quiso la vida que mi amiga Annie Fourier leyera mi diatriba contra el agosto. Annie, que acababa de llegar a Barcelona para pasar unos días de vacaciones, se sintió moralmente obligada a interrumpir mi radical aislamiento en casa y hablarme de opciones más sensatas para atravesar con felicidad el duro mes de agosto. Me llamó por teléfono y me anunció que iba a visitarme. Ya en casa, no dudó que guiada por su buena voluntad, me sugirió que, si quería estar entretenido de verdad en agosto, robara una agenda.

Quedé un tanto extrañado. Le ofrecí un té de menta con hielo, levemente sazonado con ajeno. Lo aceptó encantada y, tras pasar revista a las virtudes del ajeno, me explicó por qué me recomendaba que robara una agenda. El día anterior, poco después de llegar a la ciudad, había encontrado en un taxi la agenda que alguien acababa de perder, y de pronto se le había ocurrido indagar cosas sobre la vida de esa persona, llamar a los amigos de ésta y reconstruir, a partir de las llamadas, su figura, es decir, intentar componer el retrato de alguien desconocido.

“Pero no acabo de decidirme a pasar a la acción”, me dijo, “y es que el asunto es más complicado de lo que debes estar pensando que es. Mira: para empezar, la agenda es de 1979, casi del año en que nací. ¿No es esto ya un poco raro?”

Pero lo más raro de todo no era la antigüedad de la agenda. Lo más extraño era que, junto a las direcciones que María Alomar —la propietaria de la

agenda— escribió con tinta roja nada más comprarla en 1979, había otras escritas con caligrafía muy distinta y con tinta azul o lápiz y que delataban que una segunda persona —de letra cuyo trazo era también femenino— había estado utilizando esa agenda desde muy poco después de que en 1979 María Alomar la hubiera estrenado.

Si los teléfonos escritos con tinta roja correspondían en un cien por ciento a direcciones que tenían nombre y apellidos mallorquines, los de caligrafía distinta pertenecían a personas de Casablanca o de Barcelona, también en un cien por ciento.

Annie me dijo que no se atrevía a componer el retrato de la desconocida, entre otras cosas porque no sabía por dónde empezar. Le dije que era obvio que debía empezar preguntando por María Alomar, puesto que el nombre de la segunda propietaria de la agenda no lo tenía. Entonces Annie me dijo que tenía miedo de llamar a algún ser querido de María Alomar y que éste le dijera que hacía años que aquella mujer estaba muerta.

Le propuse a Annie un juego algo perverso. Llamar a Casablanca y preguntar por María Alomar. “A ver que pasa”, dije.

También esto le daba miedo a Annie. Nos quedamos un largo rato en silencio. Le propuse que me regalara la agenda. Me la regaló. Seguimos tomando el té de menta con hielo y, al caer la tarde, tras haber hablado de otras cosas, Annie se fue. Creo que se fue muy contenta de haberme regalado una insensata idea para atravesar con diversión el agosto de Barcelona.

Al día siguiente, nada más despertarme, llamé a una dirección de Casablanca y pregunté por María Alomar. Al otro lado del teléfono, la mujer que me contestó me dijo con toda naturalidad que hacía sólo unas horas que María Alomar había vuelto a Barcelona. Y añadió: “¿Quién pregunta por ella?”

Colgué aterrado. No he sido capaz desde entonces de dar un solo paso más en la investigación. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

FÍSICA Y TEATRO

Copenhague, la leyenda

En 1941 Dinamarca se hallaba bajo el dominio del Tercer Reich. Un incierto encuentro entre dos hombres y la esposa de uno de ellos en la capital Copenhague influiría profundamente sobre el curso de la guerra; tal vez incluso cambiaría para siempre el destino de toda forma de vida. Werner Heisenberg, una de las mentes más rápidas y concentradas de Occidente, era el jefe del programa nazi para el desarrollo de una bomba atómica. Niels Bohr, su maestro, tenía fama de ser lento y difuso, no obstante gozaba de la mayor reputación en la física moderna y sin duda fue una de las figuras que colaboró intensamente a hacer de la física atómica y subatómica, cuántica, la gran aventura del siglo XX.



Memorabilia y cuántica.

La casa de Bohr fue el otro lado del espejo que Alicia siempre había querido mirar. Con un solo truco (la mecánica cuántica), un gato (el de Schrödinger) y un principio (el de incertidumbre ideado por Heisenberg) podía verse, al mismo tiempo, en ambos lados de la escalera del universo, hacia lo infinitamente pequeño y hacia lo astronómicamente grande. Todo lo que conocemos sobre el comportamiento de los ladrillos fundamentales que nos constituyen y articulan lo que hay a nuestro alrededor se gestó alrededor de la figura de Bohr. Dice el mismo Heisenberg en la obra que en estos días se representa con éxito en el Royale Theatre de Broadway: “pero usted, mi querido Niels, es

considerado el Papa de la física”, a lo que Bohr responde, en boca del espléndido actor Philip Bosco: “Ah, ¿en ese caso Albert es Dios?”

Si uno visita Copenhague, puede ir al 10 de Gamle (la vieja) Carlsbergvej, donde se levantan los grandes elefantes que soportan el arco de la entrada a la cervecería Carlsberg, cuyo dueño financió la investigación científica de Bohr desde 1932 hasta la muerte del científico, ocurrida en 1962. Esos gigantes de memoria inmensa que alguna vez llevaron al mundo en el lomo simbolizan el espíritu festivo y de arduo trabajo que llevó a estos físicos a desarrollar las ideas más profundas sobre la naturaleza del universo y la materia existentes. En el 15-19 de Blegdamsvej operaba el *think tank* que impuso una forma de ser genial, creativa, absolutamente fiel a la verdad y apegada a los hechos, en cierta forma difusa, lúdica, como si se tratara de la danza inconexa de varios capítulos que prefiguraron un discurso mayor. Eso era el Instituto de Física Teórica de Copenhague, luz que a veces se comporta como ondas, a veces como partículas, relaciones de incertidumbre que arrojan una precisión abrumadora, átomos cuánticos. En 1932, cuando Heisenberg se adentra en el núcleo y James Chadwick descubre el neutrón, se abren las puertas de una nueva era. Alicia estaba encantada. Dos años más tarde, en Roma, Enrico Fermi realizará finalmente el viejo sueño alquímico de la transmutación. Con sus chicos de la avenida Panisperma, Fermi bombardea uranio con neutrones y produce una sustancia radiactiva que no puede identificar. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Otto Hahn y Fritz Strassmann encontraron que la sustancia producida por Fermi era bario, que tiene la mitad del peso atómico del uranio. Esta historia nos mete en la carrera por la bomba atómica, pasa por el sabotaje a la producción alemana de agua pesada, la puesta en marcha del proyecto Manhattan, la rendición de Alemania y, por tanto, el desmantelamiento de su programa atómico, y desemboca en la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. Desde el descu-

brimiento del electrón, en 1895, el juego se había vuelto tan serio que físicos y matemáticos muy notables sufrieron por distintas razones. Tal fue el caso de Lisa Meitner, Ettore Majorana, los Curie y el mismo Heisenberg. Ahora él regresaba a Dinamarca en condiciones dramáticamente distintas, salpicadas por el fango de la memoria de Verdún y la capitulación. Cada quien debía de hacer lo suyo.

Este es el asunto de la obra más comentada en Broadway desde su estreno, hace poco más de un año, escrita por el talentoso dramaturgo inglés Michael Frayn. No sólo debido a su enorme esfuerzo por comprender lo incomprendible, también por intentar reconstruir en escena lo que probablemente dijeron (o no dijeron) Bohr y Heisenberg aquel día de 1941 en Copenhague, Frayn merece el público que llena la sala cada noche. Inspirado por el principio de Tucídides, Frayn acepta el reto de revisar la historia. Mientras escribía la crónica de las guerras del Peloponeso, el historiador griego podía imaginar cuanto quisiera en sus narraciones, pero en el momento de intentar reproducir lo que se había dicho antes de tal batalla o al maquinarse un movimiento de tropas, se enfrentó a un dilema: ¿cómo revisar los hechos sin distorsionarlos? Tucídides dice: “Puesto que me es imposible recordar sus palabras exactas, he puesto a hablar a cada orador como lo habría hecho en esas circunstancias, ocupándome sobre todo de no perder su verdadera línea de pensamiento”. Pero ¿hasta dónde puede uno conocer la verdadera línea de pensamiento de otros? Incluso con las herramientas modernas de registro de evidencias, la única forma de internarse en la cabeza de otra persona es mediante la imaginación. Aquí es donde comienza la leyenda.

En 1941 nadie había encontrado la respuesta a la última interrogante antes de poder fabricar una verdadera bomba atómica: ¿cuánto combustible era necesario? La respuesta estaba en el agua, una analogía que el mismo Bohr había sugerido en 1937. A los ojos de la nueva física, una gota de agua siempre se en-

cuentra a punto de reventar debido al peso que lleva en su interior. Este suceso inminente es similar al que experimentan los protones en el núcleo de todos los átomos debido a las fuerzas electromagnéticas existentes entre ellos; se rechazan continuamente generando una gran fuerza eléctrica. Pero las gotas de agua permanecen casi todo el tiempo unidas debido a una enorme tensión superficial a lo largo de su contorno, mayor a la fuerza de repulsión de sus protones, los cuales buscan salir disparados por tener carga eléctrica del mismo signo. Algo similar pasa en elementos con núcleos pequeños y ligeros, como el carbón y el plomo; la fuerza de cohesión es mayor que la de dispersión y su energía escondida es insignificante. Pero, se preguntaron los físicos, ¿qué pasa cuando se rompe un núcleo gigantesco de un elemento muy pesado, como el del uranio, que contiene más neutrones en su núcleo que muchos otros elementos de la naturaleza? Una de las primeras personas en hallar claves fue la matemática Lisa Meitner. Al aplicar la ecuación más famosa de la historia, $E = mc^2$, es decir, sabiendo que toda la masa y la energía del universo pueden intercambiarse, encontró que se requería muy poca masa de un material pesado, con muchos neutrones en su interior, para volar todo en pedazos. En realidad, 56 kilogramos de uranio 235. Eso pesaban las perlas negras transportadas por el Enola Gay.

¿De qué hablaron Heisenberg y Bohr aquella tarde de 1941? Nadie lo sabe. Y la leyenda continúa. —

— CARLOS CHIMAL

VIAJES

Fronteras interiores en Polonia

Todas las ciudades tienen fronteras interiores, pero nada tan peculiar como lo que sucede ahora en Polonia. En Cracovia, por ejemplo, el centro monumental es no sólo de un tiempo remoto sino realmente otra ciudad: uno cruza las antiguas murallas y

entra en la plaza medieval más grande de Centro Europa, y clasificada por tanto como Herencia de la Humanidad por la Unesco, pero al tiempo un territorio que no tiene nada que ver con el resto de la ciudad y sí en cambio con otra desperdigada por Europa y reconocible desde lejos al estar ocupada por el ejército más uniformado y eficaz de la historia: los turistas. Ese ejército ocupante que todos odiamos y en el que sin embargo, más tarde o más temprano, militamos con entrega y elevado patriotismo.

Estas fronteras interiores se encuentran en otras muchas ciudades europeas ya definitivamente perdidas para la normalidad y la cultura, como Aix en Provence, Dubrovnik, Florencia, Stratford-on-Avon o Toledo (y lo que veremos: hasta Barcelona está en peligro)¹ pero en Polonia son realmente otra cosa. Como en Varsovia, por ejemplo. En Varsovia, uno va caminando por la calle Nowy Swiat (Nuevo Mundo), que representa la Varsovia sofisticada del XIX (en uno de sus palacetes se encuentra el museo Chopin), y al doblar la esquina de Al Jerozolimskie desemboca directamente en la típica ciudad de la Europa ex socialista, con grandes zonas verdes de un tiempo sin excesiva especulación inmobiliaria y gigantescas muestras de arquitectura depredadora, ideales para ir rebajando la estatura de los ciudadanos y la eventual soberbia de algún individualista. Ahí se encuentra el descomunal edificio que Stalin le regaló a los varsovitas como un pastel envenenado, pues no hay modo de no verlo ni de olvidarlo y aparece hasta en los sueños, y también los grandes almacenes Centrum, que suenan a años cincuenta pero cuya visita es obligada, pues ahí, como en pocos sitios, se le caen a uno los tópicos y se va a paseo la visión de Polonia como un país con mucho frío en el que se toma mucha sopa de remolacha y seguro que también muchas salchichas. Nada que ver: en ciertos aspectos, lo raro es que no oigamos hablar ya de Varsovia como escala imprescindible en

la ruta del color y el diseño, que es lo que Europa parece abocada a vender en el futuro.

Eso es lo que ocurre: casi resignados a la caricaturesca semiótica de las agencias de viaje y los viajes en grupo –los parisinos son antipáticos, Roma es insostenible en agosto, en Londres lo más difícil es la lluvia–, en Polonia no siempre es fácil encontrar las huellas de lo que uno sabe que está ahí y se asombra de que no sea evidente. Como el gueto de Varsovia. Aunque durante la guerra en él fue quemada a la vista de todos una población equivalente a la de una capital de provincia, no es fácil encontrar su ubicación en la ciudad, ni sus estelas ni monumentos, y el requerimiento a los transeúntes, al comienzo amables, es respondido, sí, aunque con una ligera mueca de disgusto. Una vez hallado, y al margen de la característica escultura grandilocuente pero abstracta, nada explica lo que fue aquello, y un vendedor ambulante que ofrece folletos explicando lo que sí fue se medio enfada cuando se le pregunta por qué no hay nada ni nadie para explicarlo. Como siempre, interviene el patriotismo (“Lo habrá pronto”, promete).

Porque todo en Polonia pasa por el patriotismo. Verdaderas masas de fútbol acuden un soleado domingo al parque Lazienski a escuchar las polonasas de Chopin con un fervor que uno se pregunta, por mucho que le guste Chopin, si es de melómanos o, más bien, de patriotas, y resulta sorprendente que incluso Chopin pueda resultar antipático si se le convierte en un panfletillo nacionalista. Así las cosas, no es extraño que sólo ahora, desde hace muy poco, se diga desde la primera frase que los dos millones de muertos en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, la tumba más grande de Europa y quizá del mundo (que en las guías de trenes y autobuses aparece con el desconocido nombre polaco, Oswecim), eran en su mayor parte judíos, y no, como antes, cuando se decía que eran polacos y sólo mucho después se especificaban orígenes. Algo en especial mortificante si se piensa que uno de los hilos conductores

de la literatura de los campos –Primo Levi y Jorge Semprún, pero también los polacos Tadeusz Borowski o Adolf Rudniki, lamentablemente no traducidos al castellano– es la obsesiva preocupación por encontrar la voz y el idioma adecuados para dar testimonio de la verdad sobre unos hechos que desafían las posibilidades de cualquier idioma conocido (sobre eso precisamente, la urgencia de salvar de la muerte del gueto de Varsovia al poeta que va a dar testimonio, da cuenta la estupenda novela de Adolf Rudniki *Las ventanas de oro*).

Pero quizá no sea del todo exacto –aunque sea verdad– elegir un ejemplo tan extremo para dar cuenta de unas fronteras interiores, las polacas de hoy, caracterizadas por la levedad y la sutileza, igual que los exquisitos pasteles polacos que se pueden comprar en cualquier puesto callejero. Ya se trate de la elegancia e ironía de sus artistas gráficos, de una dramaturgia que se encuentra entre las primeras del mundo (Grotowski, Kantor) y que se alcanza a percibir hasta en las series de una televisión aún no del todo contaminada por la pornográfica estupidez que es ya una pandemia, o de su pasión por las lenguas, que ahora se traslada en masa hacia el inglés, toda Polonia parece un país reorganizando, con aristocrática discreción, sus fronteras interiores. Como ya profetizaba el cine de Wajda y, sobre todo, la obra toda de Kieslowski (y en particular *El Decálogo*), que pone de buen humor sobre el futuro de la cultura en Europa. –

– PEDRO SORELA

NOSTALGIA

La vida sin Nadia Comaneci

La gimnasta Nadia Comaneci provocó en sus tiempos un curioso fervor. En 1976, cuando sacó su “diez perfecto” en los Juegos Olímpicos de Montreal, también ganó una turba de niños humedecidos por sus proezas en la disciplina de manos libres. En realidad las humedades se debían al cuer-

¹ La ciudad que tras la guerra fue considerada “la ciudad más destruida del mundo”.

po que ejecutaba esas proezas, que era el de una mujer de nuestra edad. Nadia era un fenómeno, una niña rumana que ganaba medallas de oro y que liquidó, sin tentarse con sus manos libres el corazón, a todo un estaf de gimnastas heroicas rusas que junto a ella se veían gruesas y aseñoradas. Nadia no era muy guapa; nadie ha podido explicar hasta la fecha cómo es que aquella niña pálida, ojerosa y sensiblemente desnalgada logró enamorarnos en esa época donde las bellas eran Farrah Fawcett y sus Ángeles de Charlie, mujeres con medidas más competitivas y esa sonrisa enorme y blanca que se les hace a ese tipo de actrices de tanto decir la palabra Hollywood.



Todo tiempo pasado fue mejor.

Antes de Nadia las rondas de manos libres nos parecían un espectáculo anodino, una serie de brincos y contorsiones que merecían la pista de un circo. Era un deporte que aplaudían las hermanas pequeñas de los amigos y las tías que habían alcanzado la edad y el grosor de las gimnastas rusas, nada que ver con las caras dolientes de los maratonistas, ni con esos relámpagos sudorosos que corrían los cien metros planos en menos de diez segundos. El día que apareció Nadia Comaneci en la televisión, dos convicciones dejaron de serlo: para ser bella no hay que parecerse a Farrah Fawcett, y la gimnasia olímpica

no era disciplina menor, era el territorio donde la niña rumana nos dejaba mudos, no sabía uno si dejarse entusiasmar por su maestría gimnástica, o de plano hundirse en la fantasía venérea. Los progesteronazos que arrojaba la Comaneci eran cosa seria; “¿no que la gimnasia eran mariconadas?”, preguntaban las madres a los niños que no despegábamos los ojos de la pantalla, buscándole algún hueco al trajecito que revelara una intimidad mayor. Aquellas olimpiadas lúbricas de Montreal 76 se perpetuaron durante meses en posters y recortes de periódico pegados en la pared, eran material ardiente para el sueño. Esa generación de niños en llamas alcanzó el calor total cuando se anunció que se efectuaría, en el Auditorio Nacional, una serie de exhibiciones gimnásticas y que se contaría con la participación del equipo femenino rumano que venía encabezado por (y en este punto sucedían las combustiones espontáneas) Nadia Comaneci. Un noticiario deportivo transmitió por televisión una entrevista exclusiva con la reina olímpica, Nadia aparecía enfundada en una sudadera, con una toalla en el cuello, sudada y acezante pues acababa de bajarse del caballo con arzones. El entrevistador le hizo una pregunta ociosa de consecuencias incalculables. “¿Como se pronuncia correctamente tu nombre?” La gimnasta respondió este balde de agua helada: “Kum-ha-netz Nad-h-ia”. El nombre “Comaneci”, que durante meses habíamos mordisqueado hasta la saciedad, había quedado sin efecto.

Nadia se fue desvaneciendo con el tiempo, otras sonrisas de Hollywood empezaron a hacerse cargo de las combustiones espontáneas. Esa espiral tiránica de reemplazar un amor con otro vale igual para la realidad que para los sueños. Un buen día apareció Brooke Shields en la película *La laguna azul*; tenía la misma edad que la diosa olímpica en Montreal y una ventaja definitiva: enseñaba los pechos. Esta actriz se convirtió en el nuevo material inflamable hasta que un crítico aguafiestas reveló que los pechos de Brooke eran de una doble. Nadie puede enamorarse en

serio de un par de pechos sin dueña.

Años después nos enteramos de que Nadia en Rumania llevaba una existencia infame, había rumores de que Ceaucescu, en una fiesta innombrable, había abusado de ella y de todas sus colegas. Luego se supo que en una ronda de exhibición por Estados Unidos la gimnasta escapó del hotel y pidió asilo. Hace unos días, buscando unas galletas en un supermercado en California, me topé de frente con la Comaneci. La idea era comprar un vehículo para embarrar un paté griego de aceituna que acababa de descubrir. A un lado de las galletas Ritz había unas de nombre Devonsheer. La caja mostraba que eran redondas y con un tufillo de ajo. En la parte inferior venía una fotografía que me hizo comprarlas: Nadia, con su sonrisa de discreción rumana, posa junto a su esposo, el gimnasta Bart Conner, que sonrío sin ninguna discreción. En la parte de atrás los dos medallistas olímpicos recomiendan, de cuerpo entero, dietas y ejercicios. Nadia dejó de ser la flaca ojerosa que nos volvía locos, para convertirse en una mujer gruesa y aseñorada del vuelo de sus antiguas contrincantes rusas. El reencuentro con esa mujer que transformó la gimnasia olímpica y nuestra idea de belleza bien valió una tanda de galletas inmundas que arruinaron en cierta proporción el paté griego de aceituna. Comí una galleta detrás de otra, mirando la fotografía como quien contempla las cenizas de un incendio. —

— JORDI SOLER

LITERATURA

Rossi, un bien escaso

Carmen Balcells, entonces agente de Alejandro Rossi, me envió en 1979 su *Manual del distraído*, que había sido publicado en México por el más prestigioso sello literario, Joaquín Mortiz, que dirigía Enrique Díez-Cañedo. Me deslumbró de tal modo que, pese a estar Anagrama en el peor momento económico de su historia, decidí cometer la segunda “locura”: publicar un libro de textos misceláneos (es decir,

el género más temible comercialmente), de un autor desconocido y además con derechos sólo para España.

La primera locura fue convocar, al borde de la bancarrota, una fiesta multitudinaria para celebrar “diez años de supervivencia” de Anagrama, según rezaba explícitamente el texto de la invitación, que tuvo lugar en el restaurante La Balsa, de Toni López Lamadrid (de la editorial Tusquets) y su hermana Memé, entonces aún no inaugurado, por lo que el reverso de la invitación incluía un mapa orientativo del exótico paraje. Alejandro llegó a Barcelona por aquellos días, estuvo en la fiesta y, tras conocerlo, la evidencia se impuso: estaba, *in person*, a la altura del *Manual*. Nada menos. Por cierto, si el lector que haya llegado hasta aquí no conoce aún *Manual del distraído* que se precipite a la librería más próxima, y si no lo tiene que lo consiga sin falta. Una vez en su poder, que se desconecte del mundo exterior hasta terminarlo. Un consejo que agradecerá.

Así empezó una gozosa amistad, en cada viaje al D.F. encontrarnos con Alejandro y Olbeth, su esposa, es un auténtico *must*.

En México, Rossi ha sido y sigue siendo una figura de referencia. Íntimo amigo y confidente de Octavio Paz, colaborador de *Plural* y *Vuelta*, al igual que Gabriel Zaid, Adolfo Castañón, Aurelio Asiain y otros amigos del núcleo duro de Paz, un poder fáctico colosal.

Como es bien sabido, Alejandro es un conversador excepcional, y aunque le gusta mucho hablar (para satisfacción de los contertulios) también le encanta escuchar y enterarse de los pormenores y chismes de la edición y sus aledaños, por lo que nuestras veladas duran horas y horas de gratísimo recuerdo. Así, un memorable almuerzo en su restaurante japonés preferido, con Olbeth, Álvaro Mutis, Elio García Diego, Lali, yo y no sé si alguien más, en el que agotamos las reservas de sake y salimos, contentísimos, a gatas: Mutis & Rossi, no se lo pierdan. (Recuerdo que cuando conocí a Álvaro Mutis, en casa de Rossi, con su voz más estentórea, lo que no es poco decir, me saludó con la frase: “¡El editor

de *El rey de las dos Sicilias!* ¡Te estaré agradecido toda la vida!” En efecto, la novela de Kusniewicz era perfecta para encandilar a Mutis). Otra velada memorable y un tanto puntiaguda fue en Barcelona, con Inge Morath, la fotógrafa casada con Arthur Miller, Riera de Leyva y Alejandra de Habsburgo, Paco Rico y Victoria Camps, con cena en el Flash, visita al Molino y copas finales. O la cena fastuosa organizada por el pintor Frederic Amat en su casa de Vallvidrera, para festejar la reedición del *Manual* con estupenda portada del propio Amat.

O una nutrida cena que Alejandro y Olbeth dieron en su casa. En ella estaban dos de sus mejores amigos. Uno era Juan Nuño, que murió hace unos pocos años, y al igual que Rossi, filósofo, narrador y de nacionalidad venezolana; su hija Ana Nuño dirige la revista literaria barcelonesa *Quimera*. El otro era Luis Villoro, filósofo especializado en ciencia política, situado mucho más a la izquierda que Alejandro, lo que provoca las consabidas fricciones. Luis, padre de nuestro amigo Juan, es un espécimen notable: alto, esbelto pero fornido, muy masculino, moviéndose en la zona Gassman, tuvo durante años una intensa relación con una intensa argelina, Giselle Halimi, abogada y feminista, colaboradora de aquellos *Temps Modernes* de Sartre y la Beauvoir.

Justo en aquellos días Octavio Paz había organizado unos debates con la progubernamental cadena Televisa, en los que participaban un grupo de escogidísimos escritores, entre ellos su predilectísimo Vargas Llosa. Y en el debate televisivo, en vivo y en directo, para pasmo general y consternación entre los organizadores, Vargas Llosa, que llevaba tantos años como *under control*, se convirtió de nuevo en el olvidado “cadete Mario” y lanzó un bombazo: “México es una dictadura perfecta”. Tras lo cual se largó del país de forma tan rápida que dio lugar a mil conjeturas...

Uno de los espectáculos intelectuales de alta escuela más vistosos que he presenciado se produce al ponerse en marcha la “estrategia Rossi de demolición”, cuando se empieza a hablar de

un santón cultural, de una primerísima figura, de un intocable. Recuerdo una noche en el Giardinetto en que nos encontramos con Oriol Bohigas y Beth Galí, que no conocían a nuestro personaje. Se empezó a hablar de arquitectura (también de eso Alejandro sabía más que nadie), salió el nombre de un famosísimo arquitecto mexicano, qué bueno, excepcional, un repaso a sus casas..., pero quizá (Rossi *dixit*) aquel muro con aquel rosa, o aquel otro granate, no fueran colores tan acertados, por no hablar (subiendo ya la apuesta) de aquel hotel tan kitsch, sí, tan kitsch, ni de... etc. etc. Un crescendo hacia la masacre total. Bohigas, claro está, divertidísimo, cómplice, deslumbrado.

Volvamos al escritor, al autor de *Manual del distraído*. ¿Qué pasó después de tal maravilla? Rossi escribe poco, ¡ay!, poquísimo. Para “compensarlo” es un artista del bricolaje & reciclaje (una actividad no infrecuente entre los mejores escritores mexicanos). Así, publica unos pocos cuentos con el título *Sueños de Occam*, le añade otros pocos y ya tenemos *El cielo de Sotero*. Y sumando y restando relatos aparece *La fábula de las regiones* y *Un café con Gorrondona*. En resumen, con un puñado de cuentos, cuatro títulos (es posible que alguno nuevo haya inventado). Pero no nos quejamos, nada de eso: porque en cada título hay al menos un cuento nuevo: o sea una auténtica joya, literatura en su más alto grado de destilación.

Hace algún tiempo (¿digamos veinte años?) Alejandro fantasea con la posibilidad de escribir una novela (¡incluso tiene notas!), una novela corta, claro está, pero a estas alturas sabemos ya que esto queda en el terreno de la fabulación oral.

Hace poco publiqué *Cómo leer y por qué*, del gran pope Harold Bloom. Para la ilustración, nos presentaron varias propuestas de fotos de un montón de libros con el título visible. Todos ellos aparecían estudiados en el texto de Bloom; menos uno, en la base de la pila, que merecía haberlo estado: *Manual del distraído*. —

— JORGE HERRALDE

El reflejo del caudillo

El cine y el arte del embalsamamiento. Las imágenes forman parte ya de la historia del siglo XX: Porfirio Díaz baja a caballo, seguido de su guardia, por la rampa del Castillo de Chapultepec, sin ver una sola vez a la cámara de Gabriel Veyre, el *cinematographe* que tiene apenas unas semanas en México; Adolfo Hitler descendiendo del avión entre acordes wagnerianos antes de iniciar el paseo por Nuremberg, que la cineasta Leni Riefenstahl ha planeado con tanto detalle como todo el resto del congreso del partido nazi; el papa Pío XII, todo blancura, bendice en los jardines del Vaticano a una pequeña tras recibir la primera comunión en el documental *Pastor angelicus*, que él mismo ha encargado en plena Segunda Guerra. Y los ejemplos se multiplican en la impasibilidad de los jerarcas del Kremlin, la socarrona V victoriosa de Churchill, la fotogenia de John F. Kennedy hasta en su muerte, y decenas de etcéteras. Porfirio Díaz fue el primer autócrata enamorado del cine y de sus posibilidades: pragmático como siempre, adivinó lo que otros entendieron también: ahí estaba el desafío al tiempo que no lograron los faraones, la momificación perfecta, el registro de cada gesto, invariablemente solemne, encarnación de la autoridad indisputada. Los efectos podían ser avasallantes: en la ranchería perdida en medio del desierto, llegarían los “cinematografistas” para mostrar sus “vistas”; y en el corral, ya de noche, los peones y caporales se instalaban frente a la sábana, y entre el mugido de las vacas brotaría, de la noche, el mismísimo don Porfirio que les saludaría. Sólo se le podría igualar con las apariciones marianas, tan escasas.

El cine es cruel y demandante con los poderosos. Teddy Roosevelt apareció siempre en pantalla como un médico de feria; los poderosos no querían eso y la actuación cinematográfica de los políticos se debía afinar (una de las razones ocultas de la elección de

Woodrow Wilson pudo haber sido ya su ascética fotogenia natural). Y es que en esos años tan tempranos ya habían aparecido los ídolos naturales: cotéjese en el mismo *panning* de Salvador Toscano a Francisco Villa, Eulalio Gutiérrez, Emiliano Zapata y José Vasconcelos desayunando. A todos les incomoda la presencia de la cámara; en Zapata hay casi el temor atávico a ser despojado de algo íntimo si se le retrata... A todos, menos a Villa, el caudillo que nació para el cine. Las anécdotas sobre su entusiasmo con el cine son infinitas, ya sea su pacto con la Mutual y Raoul Walsh para filmar su vida en plena revolución, esperar a que el sol estuviera a la altura adecuada para que se filmaran los fusilamientos y tomar varias veces la misma ciudad hasta que la toma quedara bien, o hacer una última película, *Epopeya*, ya en su retiro, para el director español Francisco Elías.

Vladimir Ilich Uliánov era un asiduo cinéfilo en Zurich, pero, con una mentalidad más empresarial que artística, se mantuvo lejos de los reflectores, aunque mandó al Soviet a filmar (“El cine es el arte más importante”) con los prodigiosos resultados que todos agradecemos. A decir verdad, los gobernantes soviéticos tenían razones físicas obvias para no dejarse filmar, dada la triste experiencia de León Trotski actuando en *My Official Wife* para la Vitagraph en Nueva York. Stalin aliviaba las tensiones de tanto juicio sumario, exilios siberianos y ejecuciones en masa viendo comedias musicales de la Warner Bros y, de hecho, encargando la filmación de versiones proletarias igualmente festivas o de aventuras de un perro policía, *Julbars*, que debía ser la réplica izquierdista a *Rin Tin Tin*.

Con Hitler terminó la primera generación de dictadores fascinados con el cine de manera ingenua: su megalomanía y su narcisismo eran fuerzas incontenibles de su delirio escenográfico: la actriz y directora Leni Riefenstahl fue

su Albert Speer cinematográfico, la diseñadora minuciosa de la grandeza nazi, al menos en el celuloide, aunque arañar un poco en la producción nazi revela sus entusiasmos íntimos, muy semejantes a los de cualquier magnate de Hollywood o, para el caso, Stalin: comedias de enredos sexuales (*Victor und Victoria*), cine fantástico pletórico de valkirias desnudas (*Las aventuras del barón de Munchhausen*) o de exaltación histórica (*El corazón inmortal*, sobre el inventor del reloj de bolsillo). Con las muertes de Hitler y Mussolini, cuyo hijo Vittorio fue una fuente inagotable de actrices para Cinecittá, desaparecieron los caudillos cinéfilos de primera cepa, pero no los afanes faraónicos, según las posibilidades financieras de cada país:

Kim Song Il, hijo del presidente de Corea del Norte, es un angustiado amante del cine y ha intentado todo para que en su país se haga siquiera una película decente; escribió el libro *El arte cinematográfico* (“El actor es un artista que sirve al Partido y a la revolución con la maravillosa creación de nuevos tipos de hom-

bres”) y, de plano, hace cuatro años mandó secuestrar al mejor director de Corea del Sur para que le levantara el negocio. El resultado fue un enredo diplomático digno de llevarse a la pantalla (aunque el intérprete ideal, Peter Sellers, ya no está con nosotros). Finalmente, en México el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) impuso al cine una medicina de cuyo trauma no se ha podido recuperar en los albores del nuevo siglo: aplicando la lógica de que si una industria enfrenta una grave crisis de imagen las legiones de licenciados gubernamentales tienen la solución, desplazó a quienes durante décadas había hecho y deshecho al cine, para bien y para mal, para que el gobierno hiciera y deshiciera, para muy poco bien (la continuidad laboral de unos cuantos cineastas) y mucho mal



Villa en su mejor papel: Francisco Villa.

(una larga cadena de cintas prescindibles, que no han soportado el paso del tiempo, el deterioro de la exhibición hasta la venta de las salas cinematográficas y la desaparición del cine como espectáculo popular). Pero dio ocasión para que, en aquellos años, el presidente dictara cátedra en toda ocasión (“Un cine que miente es un cine que embrutece”, en su gira a Chile en 1972, sin que viniera a cuento). Ah, el poder político, esa fábrica de sueños. —

— GUSTAVO GARCÍA

POLÍTICA

Castillo Peraza: una campaña ante los medios

La Ciudad de México estrenó jefe de gobierno electo en 1997 luego de una contienda que enfrentó a tres políticos de cortes muy diversos entre sí. Cuauhtémoc Cárdenas, quien obtendría el tigre en la rifa, contaba con

un apoyo popular que tenía aún mucho más de fe entusiasta que de examen riguroso. El priísta Del Mazo apostó por la inercia de una maquinaria ya oxidada. Carlos Castillo Peraza (1947-2000), mientras tanto, lanzó a las calles los principios doctrinarios del PAN, bien aprendidos en años de estudio, militancia y tenacidad en la trinchera opositora. En Castillo Peraza coincidieron la solidez y el ánimo negociador en tiempos que anunciaban a las claras el fin de la hegemonía del partido del gobierno. En la campaña chilanga pudo ratificarse que el yucateco era un buen político —acaso habría sido un buen jefe de gobierno— pero no un buen candidato, no tanto por no “saber llegar a las masas” sino por no haberse ganado a un buen número de reporteros que incluso llegaron a fingir escándalo porque el panista empleó unas palabras groseras alguna vez. El problema no iba por ahí, se cansó de reiterar Castillo Peraza (quien a su vez dedicó al periodismo

largas y fecundas horas de su trabajo), sino por la forma en que se entendía lo que él postulaba. ¿Se entendía o no? ¿Faltaba capacidad para explicar o para entender? ¿Se malentendía adrede? Lo cierto es que las cosas fueron empeorando, y mientras el candidato se afanaba en explicar, no pocos parecían sólo dispuestos a cazar o fabricar algún signo de intransigencia.

A veces Castillo Peraza perdió la paciencia, para gusto de quienes estaban aguardando sólo tal atrevimiento. Y la campaña fue encaminándose hacia un desfiladero entrevisto no tan lejos con sonrisas apenas disimuladas y cómodos silencios —por ejemplo, ante la marginación del panista del debate público entre los otros candidatos. En la actualidad, en tiempos de nuevas definiciones y replanteamientos acerca de los alcances y los acotamientos de la tarea informativa, no vendrá mal recordar lo sucedido durante aquella campaña. —

— JUAN JOSÉ REYES

Secretaría de Salud